

VENEZUELA: ¿LA DERROTA SIMBÓLICA Y DEFINITIVA DEL SOCIALISMO? “UN MEA CULPA”

VENEZUELA: THE SYMBOLIC AND DEFINITIVE DEFEAT OF SOCIALISM? A MEA CULPA

Eduardo Molina Campano

Laboratorio de Ideas y Prácticas Políticas
Universidad Pablo de Olavide
Edu7@hotmail.com

Recibido: octubre de 2018
Aceptado: diciembre de 2018

Palabras clave: Revolución Bolivariana, socialismo, izquierda, entrismo, derrota simbólica.

Keywords: Bolivarian Revolution, socialism, left, entrism, symbolic defeat

Resumen: El texto es un ensayo reflexivo, a modo de autocrítica, sobre la Revolución Bolivariana y el socialismo como proyecto histórico de transición post capitalista así como de las consecuencias simbólicas que el fracaso de dicho proceso tiene para la izquierda alternativa mundial que apoyó en algún momento al gobierno de Venezuela.

Abstract: The text is a reflexive essay, by way of self-criticism, about the Bolivarian Revolution and socialism as a historical project of post capitalist transition as well as the symbolic consequences that the failure of this process has for the alternative global left that at some time supported the Government of Venezuela.

Sí, yo apoyé a la Revolución Bolivariana, Mea culpa.

Leyendo estos días a Daniel Bensaid, ese gran trotskista heterodoxo, me encontré con esta interesante reflexión sobre la revolución que en algún momento escribió el propio Marx: “quiénes rechazan la realidad de la derrota buscan atajos y quieren forzar las cosas cuando la oportunidad ha pasado [...]”. Y agregó: una oportunidad perdida pero también contradictoria pues para ser honestos algo me dice en mi interior que si la revolución bolivariana hubiese sido dirigida por una “experta dirección al estilo bolchevique” el resultado del devenir no habría sido muy distinto al que estamos viendo hoy.

Y es que la capacidad subjetiva de maniobra tanto de un individuo en particular (en su vida diaria) como de una dirección colectiva en general, está condicionada en mayor o menor medida por un espacio y un tiempo histórico que no ha sido elegido a capricho

ni por el individuo ni por el colectivo, en palabras de Marx (1852) en el 18 de Brumario, y que algunos leninistas olvidan con demasiada frecuencia para exagerar el componente subjetivista. Un híper subjetivismo que encuentra su asidero teórico en la respuesta al estructuralismo hegeliano de los marxismos ortodoxos originarios tanto de la Segunda Internacional como del estalinismo. Aquellos que hablaban de la inevitabilidad del socialismo vía reformas (ya vimos en qué acabaron el PSOE y los partidos socialistas en Europa) o en su defecto del comunismo por la dialéctica de las negaciones que llevarían por sí solas, tras una crisis catastrófica del sistema capitalista, a transformar la relación capital/ trabajo, que al liberar el potencial de las fuerzas productivas encorsetadas por las antiguas relaciones de propiedad privada permitiría socializar la riqueza y abandonar, ahora sí, la prehistoria humana.

Marx dejó una losa teórica bastante dura que puede ser interpretada como más nos guste en función de “nuestros intereses”. Al final es la realidad (ontología) la que va poniendo todo en su sitio matizando, corroborando o negando las tesis teóricas preconcebidas. El desenlace actual del país más rico de Latinoamérica no estaba escrito hace 10, 12 o 15 años (aunque ya existía una tendencia en ese sentido). El gobierno de Chávez resistía continuamente los envites de la derecha que no soportaba los controles ni las reformas que apuntaban siempre a una mejor distribución social de la renta petrolera. Un renta que significa el 80 por ciento del PIB nacional y que se capta afuera a través de la venta de un bien que ya produce el subsuelo por sí solo, el petróleo. Una plusvalía comercial derivada de la diferencia entre el costo de producción del

barril y el precio siempre fluctuante del mismo en el mercado internacional y que es pagado por la clase trabajadora mundial que lo consume de diferentes maneras. Este pago le es debitado de su salario como parte del valor del trabajo necesario que realizan los que están ubicados en los puntos centrales de la cadena de producción global. Es una renta parásita pero muy cotizada que antes de Chávez se la repartían entre la oligarquía y la clase media-alta y que con la revolución se empezó a distribuir entre las clases más bajas. Nada se le puede reprochar a Chávez en ese sentido.

Pero la revolución socialista era otra cosa bien distinta. Era transformar las relaciones de producción poniendo el acento en la nacionalización de la economía bajo el control democrático de los propios trabajadores y también establecer la nueva estructura del estado comunal que pretendía sustituir al estado burgués rentístico y extractivista. La burocracia no tendría, en la teoría, participación alguna al estar gestionado (el Estado) por las bases y los trabajadores conforme se precisaba en el Estado y la Revolución de Lenin (1917) superando así el legado y la posterior deformación estalinista. De ahí el contenido esperanzador de la propuesta del Socialismo del XXI que en el fondo, a pesar de las asesorías de algunos post marxistas que al final fueron las que prevalecieron, pregúntenle a Monedero, intentaba retomar las ideas democráticas del marxismo original pervertidas por el estalinismo.

Sí, yo estuve allí. Donde se forjaba de nuevo la utopía con la ilusión de que, quizás, esta vez acabaría bien y que la historia le daría la “razón” a los marxistas. Pero no pudo ser. Mea Culpa.

La burocracia se sentía amenazada tanto por la derecha: la oligarquía y sus aliados;

como por la izquierda: la clase obrera industrial en lucha por las ocupaciones de fábrica, el movimiento campesino por la propiedad de la tierra, y las bases más conscientes de los consejos comunales que reclamaban poder de decisión; y por supuesto temían a los marxistas críticos, aquellos que no dejaban pasar ni una. Chávez no supo combatir a su propia burocracia instituida, por muchos discursos radicales que pronunciara como el famoso Golpe de Timón (2012), fortaleciéndose y adquiriendo cada vez más autonomía con la sempiterna excusa de la necesidad de ganar y organizar las sucesivas elecciones postergando al infinito las medidas socialistas que de vez en cuando se decían en los actos, reuniones y actividades propagandísticas y que servían para mantener a la izquierda crítica y marxista dentro de la raya.

Algunos decíamos que no tenía mucho sentido tratar de mantenerse a toda costa en el poder si la revolución no avanzaba hacia el socialismo ni un centímetro, más allá de las misiones asistenciales que jugaron un rol socialmente integrador pero que catalogaban demagógicamente como socialistas, por el freno burocrático y por el propio centrismo de Chávez. Señalábamos de la muerte lenta de un proceso que degeneraba cada día más, aunque a saltos, perdiéndose con ello la oportunidad histórica a la que aludía Bensaid de iniciar un nuevo intento de transición socialista en el siglo XXI, más democrático e inspirador que el estaliniano.

Los recortes del neoliberalismo en el mundo, con el efecto arranque de un ciclo de luchas en América Latina, y la posterior crisis capitalista permitían a Venezuela intentar dicha aventura con no pocos apoyos internacionales tanto de gobiernos como de movimientos sociales. Allí está-

bamos aprendiendo y aportando lo que teníamos, que no era mucho, la verdad, desde una posición siempre crítica y al mismo tiempo “entrista”, es decir, participando desde dentro del partido de masas, imbuido del “trotskismo ortodoxo” del cual proveníamos y al que le debo buena parte de mi formación. Desde la Corriente Marxista Internacional en la que militaba se catalogaba a Chávez como un “centrista”, es decir, un líder que se balanceaba entre la reforma y la revolución. Sin entrar en debate sobre dicha apreciación no faltaban elementos en sus acciones y en su discurso que permitían tal definición. No obstante, lo que interesaba era poder practicar el entrismo como estrategia política dentro del movimiento y del PSUV. Sí, porque este entrismo en un partido de masas policlasista y populista no era tanto una táctica, como dijera Trotsky en los años treinta, sino una estrategia per se bajo la consigna de que “había que estar donde estaban las masas”, “fuera no hay nada” “solo las sectas profetizando”.

Esto implicaba vegetar dentro del PSUV hasta el final de sus días aunque estuviera cada vez más podrido por la cooptación filtrada de la mayoría de sus dirigentes vinculados a los diferentes grupos de poder con algunas excepciones siempre honrosas. Al final el entrismo como estrategia, pienso, se convierte en una especie de oportunismo (pescar en río revuelto), para captar base social cuando los principios que defienden ambas organizaciones son muy distintos. Algo parecido, salvando las distancias, está ocurriendo en España con Podemos y sus corrientes internas. Organizaciones con principios distintos, unas socialdemócratas, otras anticapitalistas, tratan muchas veces de ocultar sus verdaderos programas para vincularse a una base social que es aje-

na a esos presupuestos. ¿Hasta qué punto estos métodos se pueden seguir manteniendo hoy en día? ¿No es más honesto construir un partido independiente que se reduzca la base social? En mi opinión y es una autocrítica, el entrismo en los grandes partidos en las democracias actuales se ha convertido en un sectarismo pero a la inversa. Estás con las bases sociales, sí, pero tienes que amoldarte tanto a ellas con el fin de ganar adeptos que debes autocensurarte continuamente en relación con las cuestiones de principios. Táctica y estrategia, estrategia y táctica se confunden a menudo en la búsqueda de ese objetivo inmediato, a saber: construir una tendencia interna lo suficientemente fuerte que nos permita convertirla en algún momento en dirección. La pregunta es: ¿Y luego qué? ¿Les decimos ahora a esas bases cuáles eran nuestros verdaderos objetivos?

Otras organizaciones heredadas del legado de Nahual Moreno, dirigente latinoamericano argentino de la Cuarta Internacional durante décadas, hacían lo mismo a excepción de la del histórico sindicalista Orlando Chirinos, hoy PSL, que era por señalada de sectaria y puritana por separarse del movimiento político chavista que efectivamente en esos momentos (del 2002 al 2012 aproximadamente) era hegemónico. Hoy alguien podría decir, y no sin cierta razón, que el Partido Socialismo y Libertad estaba en lo correcto desde un principio cuando criticaban duramente al chavismo de populista y militarista (bonapartismo clásico latinoamericano) a tenor de los posteriores acontecimientos abogando por trabajar directamente con la clase obrera en lucha y disputando su dirección a pie de fábrica.

Empero, otros podrían sostener que había que intentar influir desde dentro del cha-

vismo pues el futuro dependía de los vaivenes de los acontecimientos históricos, a decir de Alan Badiou, y estos a su vez de las acciones de los seres humanos. Para el postmarxista Ernesto Laclau esto no sería otra cosa que el pueblo como totalidad abierta en un momento de contingencia hegemónica. Una posición que explicaría y justificaría al populismo latinoamericano sin matices y que en España, dependiendo de quién hegemonice ese momento de contingencia, se puede traducir tanto a la izquierda (Podemos) como a la derecha (Vox).

Otras organizaciones, también morenistas, como Marea Socialista dejaron de practicar el entrismo luego de la muerte de Chávez, creando un partido independiente y responsabilizando exclusivamente al Presidente Maduro y a la dirección nacional del PSUV de la crisis. Como si los dirigentes actuales no fueran en su mayoría los mismos que con Chávez y las políticas económicas hubieran cambiado de rumbo. La realidad difícil de aceptar para la izquierda es que existe una continuidad entre Chávez, su gobierno y Maduro aunque eso no quiere decir que tengan la misma responsabilidad en el colapso del país. Siempre fue muy difícil medir ese límite tolerable para decidir si estar dentro o fuera. La cultura rentística venía de décadas atrás y la izquierda tampoco podía escapar a la misma porque toda la economía giraba en torno a ella. La corrupción tampoco era algo nuevo sino que es el modus operandi, en diferentes escalas y niveles, de casi cualquier persona que viva en una economía de este tipo.

Marx señalaba claramente, sin caer en el reduccionismo, que en última instancia la manera de pensar y actuar está condicionada en alto grado por la forma de ganarse la vida. Y es que en Venezuela, a partir

de la crisis del viernes negro de 1983, el asalariado medio, y hoy todos, tenía que rebuscarse en las tardes y los fines de semana para compensar el déficit creciente entre el poder adquisitivo del salario y los precios de los productos siempre en ascenso por la falta de inversión de la burguesía en la producción nacional ya que era más fácil y rentable dedicarse a la importación de bienes que permitía la distribución de la renta entre las clases altas y políticas.

Otros, generalmente académicos que militaron en los 80 y 90 en organizaciones revolucionarias como Bandera Roja, el Movimiento al Socialismo, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el Partido de la Revolución Venezolana, la Liga Socialista, entre otros, suelen coincidir, con excepciones, en que el chavismo nunca tuvo nada que ver con el socialismo. Que nunca hubo revolución, ni en sentido amplio ni en sentido estricto, sino una pantomima populista y militarista más (para ellos no hay populismo progresista o reaccionario) y que por tanto el socialismo sigue siendo un proyecto con buena reputación como relato alternativo para los actuales movimientos sociales y los nuevos partidos de izquierda.

En la práctica, sin embargo, este discurso resulta muy difícil de sostener cuando el mismo Chávez fue quién retomó la idea a través de su propuesta del Socialismo del Siglo XXI auspiciando el debate entusiasta y el apoyo de la gran mayoría de los movimientos sociales mundiales. ¿Cómo le explicas a la gente que nunca hubo revolución? ¿Qué el control de precios no es una política socialista? ¿O que la expropiación de empresas aisladas como Inveval, Invepal tampoco lo es? ¿O la nacionalización del Banco Santander- Venezuela? Para el sentido común de la personas eso son po-

líticas socialistas y de muy poco valen los debates eruditos entre teóricos marxistas para desmentirlo.

Y es que el sentido común, que no es más que la universalización de la ideología de la clase dominante en cada período histórico, llámese hoy neoliberalismo, a pesar de estar condicionado por los medios de comunicación que fungen en su mayoría como dispositivos de alienación con alevosía, es alimentado también por el legado de las generaciones pasadas que vivieron en los tiempos de la Guerra Fría. Esto es suficiente para que se determine que en Venezuela, a excepción de nuestro “edecán” Rodríguez Zapatero, existe un régimen parecido a la ex Unión Soviética donde se concentran los poderes de Estado, se expropia al capital, se reprime al disidente y donde el pueblo asalariado vive con raciones de alimentos mientras los dirigentes disfrutan como la burguesía, la antigua y la bolivariana, los manjares del poder.

Sí, yo apoyé a la Revolución Bolivariana, Mea culpa.

Porque éramos y aún somos marxistas y se hablaba de revolución, de socialismo y habían marchas multitudinarias llenas de placer y regocijo anti imperialistas. ¿Quién podía resistirse a eso? ¿Tú puedes? Y aquí retomamos la inquietud inicial: si la revolución dirigida por una tendencia marxista revolucionaria genuina hubiese decretado el socialismo cuando lo permitía la correlación de fuerzas ¿habría sido distinto el resultado al que hemos llegado? ¿Acaso el bloqueo financiero no habría sido impuesto? ¿Acaso se hubiera industrializado el país a tiempo para compensar el vacío de la huelga de capital y la debacle de los precios del petróleo? ¿Acaso se hubiese controlado la hiperinflación? ¿Acaso el 20

o 30 % de la población juvenil y no tan juvenil, más de 3 millones, no se hubiera marchado en forma de éxodo como está ocurriendo? ¿Acaso se habría evitado el hambre, la crisis hospitalaria, de medicinas y los fallecimientos que ello ha implicado?

Responder a dichas preguntas es algo así como contestar a la mayor de todas: ¿si Lenin no hubiera muerto en 1924, con Trotsky a su lado, se pudiera haber evitado la degeneración burocrática y haber concretado el socialismo internacional a través de la estrategia de la revolución permanente? Antes de replicar habría que cuestionarse primero ¿Dónde está el límite al que aludíamos al principio entre las condiciones objetivas estructurales y la capacidad subjetiva de producir nuevas realidades sociales? Responderé, nadie lo sabe, de ahí los márgenes para la duda, para la política. Sinceramente, como mencioné más arriba, dudo que el resultado hubiese sido muy distinto al actual porque el socialismo parece hoy una tarea más improbable que en tiempos de Lenin, que estamos a destiempo, que el socialismo como transición, ojo, y no como alternativa, tuvo su oportunidad histórica durante el siglo XX y fracasó, que la autonomía de un estado-nación vale muy poco en el marco de la globalización, llámese Imperio, y el total dominio del capital financiero.

Algunos dirán, sí, pero al menos habría sido una derrota mucho más honrosa y no lo que estamos viendo. Por supuesto, estoy de acuerdo. Se habría fracasado intentando hacer una verdadera revolución socialista para, parafraseando a Samuel Beckett, “Intentarlo de nuevo. Para fracasar otra vez. Para fracasar mejor.” Quién sabe en qué hubiera terminado finalmente. Siempre permanecerá esa incógnita.

Es muy difícil calibrar los efectos de las acciones que se pueden tomar en momentos de ebullición social y de confrontación antagónica de clase. En todo caso, la correlación de fuerzas y la hegemonía entendida como la aceptación del proyecto deben estar claramente del lado de la mayoría social y estas condiciones estuvieron dadas parcialmente, con intervalos de desequilibrio, desde el 2002 hasta el 2012-13. No obstante, nunca se quiso establecer el socialismo. Significaba guerra civil. Mayor incertidumbre. Intervención extranjera. Chávez se contuvo en varias ocasiones. No lo tenía claro, pero no por falta de valentía sino por las consecuencias que tendría. La correlación de fuerzas estuvo por lo general rondando el 60/40 en sus mejores momentos pero eso no significaba tener una hegemonía integral a decir de Gramsci (1929-37) sino solo de forma parcial como se demostró con la derrota electoral para la reforma constitucional “socialista” del 2007. En esas condiciones decretar el socialismo habría sido una locura pero al mismo tiempo retumbaba en las mentes de los sectores más críticos e izquierdistas aquellas palabras de Marat sobre los perjuicios de dejar una revolución a medias. Y es que quizás la Revolución Bolivariana fue una anomalía histórica. La guerra fría había terminado. China y Vietnam son capitalistas. Solo queda Cuba. Una Cuba en transición y no precisamente al comunismo. Sin embargo, los grupos trotskistas y algunos guevaristas presionábamos hacia el socialismo. Era nuestra razón de ser. Nuestro ADN.

Realmente pensaba que era la solución a todos los problemas. Que la economía planificada y administrada democráticamente por los sujetos sociales revolucionarían las fuerzas productivas. Que se po-

día ganar la batalla a la burocracia. Que Chávez giraría a la izquierda para convertirse en un marxista, un leninista. Que la revolución se extendería por toda América Latina a través del ALBA. Pero ni lo uno ni lo otro. Algunos dirán, al menos hiciémos nuestro trabajo. Sí, eso es cierto, no dudamos ni un instante en los momentos claves al mejor estilo bolchevique. Pero el problema es la gente. Una polarización muchas veces real y otras veces artificial, sembrada por la descalificación y el insulto, generando un resentimiento y odio gratuito entre los propios vecinos. Hacer la revolución no es ningún juego. No es como empecinarse en tratar de bajar de las 3 horas en un maratón. No se puede experimentar con los sentimientos ni las necesidades de las personas como si se trataran de cobayas en un laboratorio en búsqueda obsesiva por la fórmula mágica contra la vejez.

Sí, yo apoyé a la Revolución Bolivariana, Mea culpa.

Considero que si las vanguardias políticas tienen hoy alguna razón de ser es precisamente la de saber graduar el movimiento objetivo de la lucha de clases en pro de la gente, de las mayorías sociales, y no por otros intereses ajenos ni tampoco por la obsesión de la toma del poder o de su mantenimiento, pues puede convertirse en una gran espada de Damocles. Hay que saber decir a tiempo no pudimos, no supimos, lo intentamos y aquí tenéis el poder, tomadlo. ¿En qué podemos colaborar por el bien del país? Esto sería un acto de humildad revolucionaria. Empero, lo que vemos es arrogancia absoluta, petulancia e irresponsabilidad infinita para con todo un pueblo porque una cosa es arriesgarse a decretar el socialismo cuando tienes hegemonía, aunque sea parcial, a pesar de las consecuencias y en un momento

de ebullición, y otra muy distinta manio-brar autoritariamente para mantenerse en el poder de un estado burgués rentístico cuando has perdido el apoyo y la credibilidad, no solo de una gran parte de tus bases sociales, sino del mundo entero. Venezuela fue la esperanza de millones de pobres y explotados en el mundo y hoy no es más que la vergüenza de la izquierda política mundial. Una izquierda que no sabe adónde mirar cuando le preguntan por Venezuela porque simbólicamente, nos guste o no, representa la derrota absoluta del socialismo como transición hacia el postcapitalismo.

Sí, yo apoyé a la Revolución Bolivariana, Mea culpa.

Porque el capitalismo no ofrece más que esquizofrenia competitiva, un sistema desestructurador de familias y aniquilador del cuerpo y la mente del trabajador como también del medio ambiente. Un sistema imposible de reformar estructuralmente por definición, a pesar de lo que digan los nekeynesianos actuales tratando de vender la falsa idea de que podemos regresar al Estado del bienestar. En definitiva, lo que estamos viendo en Venezuela es un colapso absoluto, (a mitad del 2019 el PIB nacional se habrá reducido a la mitad tras 5 años consecutivos de recesión retrocediendo a niveles de hace 70 años, con más de 5000 puntos básicos en la prima de riesgo país, menos de 10.000 millones de dólares en reservas internacionales, es el único país del mundo con hiperinflación, la producción de petróleo se ha reducido dos terceras partes respecto a 1998, 500.000 millones de dólares fugados y tiene 90.000 millones de dólares de deuda acumulada que no se puede pagar) orquestado a fuego lento por la propia burocracia bolivariana que sacrificó conscientemente a su pro-

pio pueblo por los privilegios y las mieles del poder en nombre del socialismo y bajo la excusa de la guerra económica que nunca supieron encarar. Y eso la historia nunca no lo perdonará. Maduro no será absuelto, de eso estoy seguro.

Mi impotencia personal radica ante todo en la imposibilidad de plantear una batalla seria a la burocracia, faltó más compromiso individual en la lucha interna, más trabajo, más consciencia del momento histórico. También faltó más apoyo internacional de cuadros. Quizás no comprendieron la importancia simbólica que tenía el futuro del proceso bolivariano para la misma causa emancipatoria general. Faltó unidad interna de la izquierda revolucionaria que siguió y sigue estando infiltrada por ese famoso virus divisionista de la Cuarta. Ni hablar del colaboracionismo del partido comunista apoyando y teorizando sobre la supuesta “transición venezolana al socialismo” en el marco de la consolidación previa de la etapa de la “liberación nacional” como si se tuviera cien años de margen a favor.

La derrota duele mucho, sí, casi como perder a una hija y no poder recuperarla o tener a un hermano con graves problemas de adicción y ver cada día como se autodestruye tanto él como a los que están a su lado. Y no vale decir, no es nuestra derrota sino la de la burocracia, la revolución fue traicionada o algo parecido. La revolución no pudo ser traicionada porque nunca fue socialista desde un principio sino que devino de palabra en socialista y faltaba concretarla en los hechos. Había que estar allí para luchar por ello. La burocracia hizo bien su trabajo de mantener un sistema que solo les beneficiaba a ellos y a la burguesía cómplice de los dólares baratos.

Sea por acción u omisión considero que todos los que asumimos el marxismo como filosofía de vida, no solo para el estudio, tenemos algún tipo de responsabilidad al haber dejado el proceso en manos de la burocracia, que no era de ellos, ni siquiera de los venezolanos sino de todos los que abogamos por un sistema distinto porque significaba el difícil y pesado reto de desenterrar al anticapitalismo como alternativa luego del fracaso de la URSS. El socialismo como transición y el comunismo como proyecto del común, simbólicamente, no es de nadie, de ningún pueblo o nación en particular, sino de la clase trabajadora mundial. Si fracasa, sea donde sea, fracasamos todos. Sin embargo, no fue en balde estar allí, creo haber aprendido algunas lecciones políticas que definen la conclusión: no hay mejor estrategia revolucionaria en el siglo XXI que abogar por la radicalización permanente de la democracia en su sentido más constituyente concordando en esto con Toni Negri.

A través del consenso anti oligárquico de las mayorías, practicando la democracia, empujándola hacia adelante como un proyecto infinito de superación de las condiciones de vida del común de la gente pero también como un presupuesto en sí mismo que no puede postergar su práctica misma. Sin descalificar nunca al que piense distinto y sin pretensiones vanguardistas, porque no existe eso de la “infalibilidad” de la dirección revolucionaria, es un mito, solo hay que echar una mirada a episodios como el de Kronstadt. Un proceso democrático que si bien tiene que cerrarse momentáneamente por arriba a través de la formación de algún partido-movimiento que canalice la rabia constituyente a través del establecimiento de nuevas instituciones, este cierre debe evitar profesionalizar a sus dirigentes

como hacen los partidos y sistemas representativos tradicionales porque en ese mismo instante se reproduce la jerarquía burocrática y la delegación de la soberanía individual a la que se pretende superar a fin de cuentas. ¿Qué hacemos con las relaciones de producción? No tiene mucho sentido socializarlas por arriba mediante un solo momento jurídico para que sea luego intermediada por un Estado que al final significa centralización burocrática y usurpación del plusvalor generado por la clase. Es más inteligente en el contexto actual abogar por la democratización de los centros de trabajo (Wolff) para que exista ese correaje democrático entre lo político y lo económico en un proyecto infinito de apoderamiento cooperativo, en vez de chocarse contra la pared una y otra vez intentando concretar los principios del Estado y la Revolución de Lenin. Que esto pueda llevar en algún momento o no a la ruptura con el capitalismo a través de la confrontación antagónica de intereses de clase, ya lo veremos, pero la cuestión es que la estrategia para empujar en ese sentido se debe basar en respetar y asumir a la democracia como *modus operandi* e imprescindible por una cuestión de principios. No es una renegación, tampoco reformismo, es una manera de hacer revolución desde dentro del sistema porque fuera de él ya no hay nada. Todo está subsumido. Aceptar este punto de vista no es abandonar el marxismo sino todo lo contrario es repensarlo en función de una realidad que es la que tenemos luego de la debacle histórica del socialismo burocrático. ¿Cuál será el precio a pagar por esta derrota?

Mea Culpa